

# La Habana

## 1

Viajamos poco menos de una hora por una carretera de asfalto que corre paralela a extensas playas. De vez en cuando se observan conjuntos habitacionales terminados, pero vacíos o a medio construir.

Alguien dice que hacia el norte está Miami, muy cerca. Y todos clavamos la vista en eso que existe, pero parece imaginario porque solamente se divisa una inmensa superficie inmóvil y brillante de mar y cielo, encendida por el sol de la tarde.

La tormenta amainó hace ya rato y no corre viento. En la altura, el cielo ofrece un celeste pálido uniforme impregnado todavía de humedad. Nos aproximamos a un complejo urbano mayor, La Habana.

Al ingresar a la ciudad la carretera desemboca en un torreón de la época colonial que parece la puerta de entrada y se abre a dos grandes avenidas. Enfilamos por la que corre junto a un malecón que contiene las aguas del Caribe.

Hay gente sentada o caminando, sin apuro. Visten ropas livianas y coloridas. Alguna apasionada pareja se acaricia y parecieran estar al borde de la cópula, indiferentes a los que pasan por su lado.

Llegamos a un hotel. Es un edificio alto, rosado, con torreones falsos en los techos y grandes escaleras. En una azotea amplia, que conduce a la recepción, instalamos las maletas, mientras esperamos que nos indiquen el cuarto donde habitaremos.

Encontramos conocidos y se suceden abrazos y preguntas. Yo encuentro a Mónica. Compartíamos la misma habitación en la Casa Venezuela, una pequeña pieza donde vivíamos alrededor de veinte refugiados, los últimos meses antes de salir del país.

Mantiene el aire ausente que siempre la acompaña pero me saluda con alegría, me besa y me ayuda a instalarme en esta nueva residencia.

-Quedaste en la habitación debajo de la mía, comenta con alegría. Vamos a ser vecinos otra vez.

-Entonces voy a poder visitarte mucho, contesto, con aire socarrón.

-Nunca tanto, responde con una sonrisa.

Mi habitación es la 224. Mira hacia la piscina del hotel instalada en medio de un jardín tropical. Al fondo, se divisan cercanos el malecón y el Caribe.

Tiene muros altos y el piso de madera desgastado permite escuchar los movimientos del cuarto de arriba, que ocupa Mónica.

Las paredes están cubiertas con papel estampado de flores pintadas. El baño es espacioso con artefactos antiguos, vestigios de una elegancia rancia.

Ordeno las pocas ropas que traigo y dejo mi cuaderno y mi lápiz en el escritorio. Me tiendo y escucho los pasos de Mónica, recordando que solía observar curioso el orden meticuloso que mantenía en nuestro reducido espacio, abotagado de refugiados. No sólo sus hábitos ordenados y silenciosos llamaban mi atención; también la redondez suave de sus talones perfectos como toda su piel, su caminar leve, su largo pelo negro, liso y brillante. La sentía, pero evitaba mirarla. Su marido está prisionero en algún lugar desconocido.

Escucho gritos y zambullidas. Me asomo a la ventana. Niños, adolescentes y jóvenes se bañan y juegan. Los lidera Germinal, quién no supera los 18 años. Lo conozco bien. Es el hijo menor de una familia numerosa, resultado de una tardía inspiración de su anciano padre, ejemplar postrero de una raza extinguida, zapatero y anarquista, una reliquia social y último vínculo entre el siglo diecinueve y el veinte.

Amanecía temprano y anocheecía tarde en el taller del viejo, eternamente sentado en su taburete, enfundado en su delantal de cuero, inclinado sobre la pata de madera en que moldeaba sus zapatos.

Una lámpara iluminaba directo el espacio estrecho en que ejercía su oficio, dejando el resto en eterna penumbra. Sólo quedaban expuestos a la luz su delantal gastado, las manos nudosas, aún diestras, el cuero que iba tomando forma, las puntas y tachuelas y el martillito de zapatero.

También los ojos oscuros y penetrantes, equilibrando los gruesos espejuelos sobre una nariz rotunda. El zapatero cortaba, moldeaba, entintaba, cueros y gomas, sin perder ojo sobre el mocoso inquieto, de ojos oscuros y penetrantes y nariz rotunda, que ya imponía su dominio en los juegos infantiles de la calle polvorienta.

Germinal adoraba al padre. Aprendió de niño el arte zapatero. Entre juegos y obligadas tareas escolares que el viejo ordenaba hacer sin discusión, lo acompañaba a trabajar, demostrando tempranamente una excepcional habilidad en el manejo de gubias, de cuchillos, de cueros. Antes de los diez años, era capaz de fabricar hermosos zapatos, suaves y firmes como guantes. Y también de hacer dinero.

Los ojos del viejo brillaban mirando de soslayo a Germinal, concentrado en su trabajo. Cuando presentaba su obra, las palabras parcas del viejo, aprobando el trabajo terminado, eran el mejor premio. Germinal recordaba esos momentos como la felicidad perfecta.

En el taller había un mueble atiborrado de papeles y libros clásicos, de páginas amarillentas, desgastados por el uso. Allí se organizaban las lecturas, Homero, Hesíodo, Safo de Lesbos, Diógenes Laercio, Plutarco, entremezclados con una Biblia de tapas de cuero. De épocas más recientes, franceses como Hugo y Zola o rusos, Gorky, Tolstoi, Andreiev, Pushkin, Dostoievsky. También Kropotkin, Bakunin, Lenin y los infaltables alemanes, Goethe, Marx y Engels.

Periódicos antiguos y documentos completaban la desgracia del mueble que parecía desarmarse por el volumen de material, afirmado por carpetas de papeles que se derramaban a su alrededor.

El zapatero le hablaba al niño de Historia Antigua, de su interpretación de textos bíblicos, de las revoluciones de esclavos y proletarios, de colonizadores y colonizados, de muchas historias libertarias. Las contaba como quién transmite un secreto cuyo deber es traspasarlo a la nueva generación.

No es difícil conocer a Germinal. Tiene un carácter muy definido marcado por rasgos precisos, exhibe un orgullo que linda en la soberbia; una notable habilidad para sobrevivir, gran astucia y una capacidad notable para enfrentar la adversidad. Además, es generoso y sociable.

Era el más joven del grupo que protegía a Salvador. Logró evadir el cerco de las tropas después de la batalla, pero a los pocos días lo detuvieron por sospecha, cerca de una vivienda que acababa de abandonar cuando ésta fue allanada, donde escondieran las armas que salvaron de la destrucción de la residencia presidencial.

Regía el toque de queda. No había nadie en esa calle del norte de la ciudad, sólo él. En el lugar, un amigo que negó conocerlo.

En el allanamiento encontraron fusiles de guerra y cohetes antitanques rusos. Germinal negó conocer la casa. Inventó cualquier cosa, ofreciendo comprobación. Lo golpearon mucho. El oficial que dirigía el grupo estaba seguro que Germinal era culpable. En el peor momento del interrogatorio, con bayoneta le grabó el pecho. En el pectoral derecho U y en el izquierdo P: UP, el signo de la Unidad Popular.

-Para que no lo olvides carajo, le dijo el oficial.

Las cicatrices aún son recientes y siguen hinchadas. Su color rosado se destaca en la piel morena, mientras juega despreocupado en la piscina.

Tuvo suerte de que lo apresaran en las proximidades del lugar porque cayó como un mero sospechoso. Hasta el final, alegó inocencia. Cuando le dijeron que lo iban a fusilar, pidió escribir una misiva a su madre. Jugando una última posibilidad, escribió una carta pía, de joven piadoso y católico que asume la muerte desde las enseñanzas de Cristo, Nuestro Señor.

En ella le pide que no tenga vergüenza porque lo confunden con un pecador. Antes de fusilarlo, el oficial lee la carta y lo deja ir, con un puntapié cariñoso en el trasero.

Más tarde, el dueño de casa se quiebra en la tortura y ya seguro que su amigo consiguió liberarse, rebela quién es. El oficial inicia una persecución furiosa.

Tiempo después nos encontramos. Avanzaba el verano y yo estaba sentado al sol, en el frontis de la Casa Venezuela cuando veo un muchacho que

se aproxima a uno de los policías que vigila para impedir que entren más refugiados. Moreno, estatura media, nariz rotunda y corte de pelo a lo Beatle. Jeans parchado y camisa floreada, de manga corta, que hace juego con el ramo de flores que carga.

Muestra un papel con actitud humilde, preguntando algo. El policía asiente y señala la puerta principal de la embajada. El joven toca el timbre. Las flores son para el señor embajador. Un funcionario lo atiende y el muchacho, como repartidor experto, pide la firma para la guía de entrega. Entran a terminar el trámite. El joven cierra suavemente tras de sí la puerta, sonrío y exclama.

-¡Me asilé!

Luego ríe, ríe mucho, se acerca a mí, me abraza y besa, celebrando su último ardid, porque Germinal es así, escandaloso. Recién ahí lo reconozco.

Ahora, lo miro desde la ventana de mi cuarto. Corre, juega, se zambulle, nada. Con el movimiento, agita sus cicatrices rosadas e inocentes, como piel de recién nacido.

Hay adolescentes y madres jóvenes que acompañan a sus crías y pareciera que el sol de Cuba agita su sentir. Una niña rubia, con mejillas de sandía, se enciende cuando lo mira. Al zambullirse, lo roza, más de una vez.

## 2

Nunca hubiera imaginado que el vacío puede ser multicolor y adoptar formas alegres, cubrirse de tonos vegetales o marinos, disfrazarse de flor, de capullo, de pistilo, oler, brillar, adquirir el impulso del viento, tornasolar el cielo, sonar melodioso o rítmico, caminar calles, esquinas, inventar ventanas caprichosas de colores que miran a no sé donde, ascender torres, extenderse en muelles golpeados por las olas, vestir muchachas que brillan y ondulan como el mar.

Es el nuevo mundo que descubro a diario. Lo rechazo, porque no tiene que ver con mi vida. Como si te obligaran a desposar a una mujer hermosa, siendo otra la que amas.

El hotel ofrece cinco comidas diarias. Desayuno. Merienda de malta y cake, sandwiches de queso rojo. Almuerzo. Merienda, de malta, cake o helados. Cena.

En el almuerzo y la cena se repite, arroz, chancho chino, puerco cubano, ancas de ranas, pollo, frijoles negros, plátanos fritos, congri, mangos, guayabas, helados de esas mismas frutas. Asistimos regularmente a cada una de estas comidas. Es el modo de matar el tiempo que sobra, aún sin futuro.

La excusa para juntarse una y otra vez con los semejantes, los que tienen más presente el mundo que desapareció que el que compartimos hoy.

Salimos de compras en grupos a una zona de La Habana. No hay árboles, sólo cemento y piedra en las calles estrechas. Los escaparates de las tiendas en vez de productos, exhiben afiches del Che con frases famosas o recuerdos de aniversarios heroicos. En contrapartida a la insuficiencia de artículos, La Habana bulle de vida.

Adquirimos dos tenidas necesarias, porque nuestras vestimentas no sirven para este clima. Las mudamos de inmediato, en la misma tienda. A mí me privilegian con una tercera tenida, una guayabera y un pantalón de lino, para las ceremonias oficiales. Abandonamos los negocios todos uniformados, camisas de mezclilla muy delgada, color gris pálido; pantalones de lino gris perla, calcetines de algodón chino, bototos de suela gruesa, para protegernos de las horas del día en que los pavimentos hierven. Son vestimentas ligeras y cómodas y nos hacen sentir desahogados.

Diariamente comparto en el comedor con Roberto, Lina y sus hijas, Mónica y Carlitos, y una pareja de recién llegados, amigos de Mónica; Sergio, constructor civil y Alicia, académica.

En la mesa vecina a la nuestra, Germinal y sus amigos se reúnen alrededor de Pedro Faúndez, un uruguayo quijotesco, de nariz aguileña, mirar intenso y unas manos que parecen esconder una fuerza domesticada.

Faúndez es un veterano del exilio, es tercera vez que debe cambiar de país. Seguramente ese no es su verdadero nombre.

También lo conocí en la Casa Venezuela. Era el organizador de toda la vida colectiva, los turnos de comida, el uso de los baños, el orden en las habitaciones, las tareas de limpieza. Todo pasaba por él, un líder nato. Cocina como los dioses, hace panes con gran pericia y es un verdadero artesano en preparar guisos populares.

Su arte más preciada es asar carne. Un par de veces nos preparó asado. Mientras vigilaba los trozos de impecable corte, daba clases sobre los principios inmutables que acompañan su preparación. Nunca habría imaginado la cultura y tradición que esconde la pulpa rojiza de un cadáver animal. En el mundo campesino de mi infancia, el asado se hacía simplemente, sin trascendencia.

Para Faúndez el asado es un ritual. Usa un poncho y una barba crecida algunos días. Ceba mate de la mañana a la noche y acarrea siempre con él la pava, su tetera mágica, siempre hirviente, que convida a los presentes. En tanto, motiva conversaciones simples y profundas que cautivan especialmente al auditorio juvenil. En la Casa, era capaz de modificar con la palabra nuestro espacio restringido, abriéndolo a pampas cósmicas de pastos generosos, don-

de el hombre se hace consciente de su pequeñez y de su eternidad, inmerso en esa naturaleza de aire puro, tierra y bestias.

Una noche, como de costumbre, contaba a su auditorio, que lo escuchaba sin perder palabra, cuentos, costumbres y vivencias gauchas. Pereyra, un argentino maduro y bien parecido, de modales finos y pocas palabras, en voz baja, como no queriendo interrumpir, pregunta a su mujer en dónde vivían en el Uruguay.

-En la capital, en Montevideo, responde ella

-¿Vivieron siempre en la ciudad?, pregunta Pereyra, sorprendido,

-Siempre, de pendejitos... si éramos vecinos del barrio. A éste lo conozco de gurí, agrega, con orgullo. Nos enamoramos de pibes y hemos corrido la vida juntos.

En la noche los corrillos se reparten en la terraza del Hotel, conversando hasta altas horas de la noche, embargados por una inquietud inexpresable que la realidad no satisface, como en esa obra teatral en que alguien busca incansablemente a un personaje inexistente.

Nadie quiere habitar la nueva cotidianidad.

Constituimos una colonia formada por exiliados de casi toda Latinoamérica, que el golpe sorprendió en nuestro país. Es móvil, porque suma permanentemente nuevos integrantes y resta los que desaparecen hacia destinos desconocidos.

Las salidas y llegadas hablan de un mundo vasto que no se agota en el Caribe. Entre nosotros, Chile se llama "el Interior".

El Interior es la ratificación cotidiana que nuestro país existe y lo que ocurre es real porque todos sabemos de ello hasta en sus mínimos detalles, lo hablamos y lo mantenemos vivo. Ejercicio necesario, porque no tenemos comunicación personal con el país. El acceso al teléfono es escaso y las comunicaciones de larga distancia, difíciles e interrumpidas.

Una vez quise llamar, pero todo salió mal. La experiencia fue angustiosa porque el aire sonaba más que las voces, inaudibles y desmenuzadas, ecos de pedazos de palabras, gritadas por alguien querido, pero irreconocible. Decidí no intentarlo otra vez.

Es tal la sensación de irrealidad, que necesitamos comprobar continuamente su verdad. Los diarios y revistas de allá, que llegan puntualmente con dos semanas de atraso, son una confirmación que el Interior es el pasado.

También llegan nuevos refugiados. Parecen rescatados de la muerte y dan fé que el presente sigue siendo igual a nuestros últimos recuerdos.

La Isla y el resto del mundo es el Exterior. El Exterior tiene una importancia relativa en nuestras vidas, El exterior es fruto del azar, algo que existe porque el mundo es grande, un lugar de tránsito hacia el Interior, que es siempre el futuro.

Todo indica que en el Interior la opresión mantiene un plan sistemático de destrucción de las colectividades que construimos en más de un siglo.

Y también que volver al futuro no será tarea fácil.

La reiteración de informaciones trágicas, convierten el dolor en una cifra. El pasado inmediato adquiere el aspecto de un sueño, una realidad que se deshace como un vidrio pulverizado donde los seres y las cosas se desarman en miles de fragmentos. No tenemos dudas que existen, pero son inasibles.

Podríamos puntualizar las acciones de nuestros seres próximos, hora a hora, y dar hasta los mínimos detalles del espacio donde se mueven. De la luz que los envuelve, del color de la montaña a medida que amanece, de las habitaciones donde guardan sus enseres, de cuando el gato maúlla o el perro ladra, de la temperatura y la intensidad de la brisa o el viento que determina la actitud móvil o quieta del mundo vegetal que los rodea, de lo que comen y dónde, de cómo mezclan comidas y bebidas.

Sin embargo, todo ello amenaza ser un artilugio de la memoria, está ahí pero no se devela, no se hace presente en los días, que pasan y pasan sin que logremos detenerlos.

### 3

Uno de los hombres que me recibieron en el aeropuerto, del grupo del Comandante Frank, un jefe importante, me interrumpe al desayuno para que lo acompañe al aeropuerto. Dice llamarse Carlos. Es un mulato oscuro y grueso, amable y reservado. De cuando en cuando sonríe y su rostro adquiere un aspecto bondadoso.

Algo me hace simpatizar espontáneamente con él. Luego descubro que mi simpatía surge porque me recuerda a Louis Armstrong, héroe de mi juventud desde que asistí a un concierto suyo en vivo. Fue un atardecer inolvidable. Satchmo hizo llorar y reír su trompeta, aterrizando el diapasón celestial del sonido con su voz de aguardiente y arena. Ese día le hice el amor por primera vez a María Luisa, el gran amor de mi juventud. Un amor pegajoso de arena, como la voz arrastrada de Satchmo. Cualquiera que se le parezca, cuenta intuitivamente con mi amistad incondicional.

En el camino me informa que llegan dos dirigentes de mi organización. Aterrizan en La Habana Pedro Benavides y el doctor Alberto Freund. Me alegra saber que están vivos y enteros, porque no había tenido noticias de ellos, aunque recordaba vagamente que a Benavides lo habíamos enviado a un viaje a Pyongyang porque intuíamos que el golpe podría ser cruento. Pensamos evitarle esa desgracia porque es un anciano.

Me divierte verlos bajar del avión. Benavides asemeja a una especie de pájaro centroamericano, de tamaño corto, voluminoso y pesado, de moño albino y andar tambaleante. Freund parece más bien una garza, con el rostro siempre mirando a lo alto desde unos ojos inquietos, confirmando su aire volátil con unos anteojos gruesos de marco pesado y una barba quijotesca. Juntos, desde lejos, asemejan una reproducción de alguna historieta de Warner Bros.

Más atrás, camina Julita, la mujer de Benavides, silenciosa y cansina.

Freund también andaba de viaje al momento del golpe, en Israel. Es muy extrovertido y habla en proporción inversamente proporcional a lo que calla Benavides. Llegando, me informa que debo integrarme al grupo de dirección de los exiliados y que funcionaremos en un edificio en calle O, cerca de nuestro hotel.

Freund se instalará en mi hotel y Benavides en el Habana.

Freund cuenta muy excitado que su familia lo espera y repentinamente relaciono a Freund con un grupo de mujeres, madre e hijas, acompañadas por un muchacho que recuerdo menos.

Carlos pasa primero por mi hotel a dejar a Freund. En el Habana, habrá un almuerzo con el Comandante Frank. Carlos le propone a Freund que se quede con su familia y no asista al almuerzo, argumentando que sobrarán oportunidades de encontrar a Frank. Freund declina el ofrecimiento de Carlos, afirmando tajantemente que el deber está primero.

La familia lo esperaba con ansiedad. Hay lágrimas, risas, abrazos estrechos y sostenidos, comentarios que comprueban la similitud o el cambio desde el último recuerdo.

En tanto, varios se acercan a Benavides para manifestarle su simpatía y reconocimiento.

Finalmente, ante la frustración de la familia de Freund, nos vamos al hotel Habana. Allá, luego de admirar las comodidades de la habitación de Benavides, que alegra mucho a Julita, bajamos al comedor.

En el ascensor, encontramos al grupo de Frank. Acompañan al Comandante, Carlos, Cheito y también Ricardo, un mulato elegante con quien tuve un incidente menor en el viaje que hizo el Comandante en Jefe a mi país, en su visita a Chuquicamata. Es evidente que no lo olvidó.

El día que llegamos a la Isla, en el aeropuerto me recibió el Comandante Frank. Al irme, Frank le ordenó a Ricardo que me llevara al Hotel Habana, el lugar donde reciben a los visitantes distinguidos. Ricardo asintió. Al salir, guiñándole un ojo, le preguntó al chofer si en el Habana quedaba espacio. El chofer comprendió de inmediato y contestó que no. -Entonces llévalo con los demás, ordenó.

Ahora, al saludarme, se dirigió a mí como ciudadano, que es un modo despectivo que usan los revolucionarios en la Isla para dirigirse a sus opositores.

-Demórate un poco más y trátame de compañero, le contesté, ácido, tuteándolo de propósito.

Carlos lo miró molesto y los demás rieron a su costa, para restarle importancia al asunto.

Su contrariedad conmigo surge de un hecho infantil. Cuando estábamos en la mina de Chuquicamata, me llamó Isabel, una amiga mía muy cercana, pidiéndome que pasara por su casa. Al llegar me solicitó que me quedara, porque alguien la había comprometido para que invitara a comer a Ricardo y ella pensaba que éste comprendía el convite como una oferta de cama.

Me negué diciéndole que se las arreglara sola, pero Isabel se dio maña para retenerme hasta que llegó Ricardo. Al verme, éste expresó claramente su fastidio y me invitó a irme, como si fuera el dueño de casa. Su descaro me indignó y decidí quedarme. Finalmente se fue él, enfadado.

En el almuerzo, fino y sabroso, además de informarnos en detalle de temas que conocíamos en general, Frank nos informó de la próxima visita de Carter, el principal dirigente de la Resistencia que logró evadir el cerco que estableció la dictadura para apresarlo.

La noticia me esperanzó. Trabajé por años con Carter y creo que es el único que puede darle coherencia y destino a esta diáspora.

Inicié un nuevo orden de los días. Antes de desayunar, cuatro veces a la semana, entrenamos con Roberto y Germinal en un polideportivo cercano. Corremos, nadamos y luego aprendemos lucha libre y tiro, con instructores excelentes. Después de desayunar asisto a nuestra oficina en calle O, a reuniones largas, muy conversadas, de mucha anécdota y, de vez en cuando, alguna información dura.

Benavides ordena organizar el exilio del mismo modo en que lo hacíamos antes en el Interior. Yo dudo que tenga algún sentido hacerlo, pero me inclino ante la jerarquía nueva de Benavides y acepto continuar con la tradición.

#### 4

Germinal insiste en arrastrarme a conocer a sus nuevas amistades.

Anoche irrumpió en mi habitación, interpelándome en una rara jergonza, mezcla de dichos de adolescente sureño con términos afrocubanos aprendidos en sus andanzas por La Habana, con el objeto claro que lo acompañara.

No puede estar quieto, se tiende en la cama, se levanta, me abraza y ríe, estrepitosamente, celebrando las expresiones cubanas aprendidas

-¿Qué volá, asere?, pregunta.

Observa que escribo y me espeta.

-¿Hasta cuándo se pudre en el cuartucho? y me invita a conocer la verdadera salsa de la Habana, riéndose de que no sé lo que es un mojito o un daikiri nevado.

Lo observo, entre curioso y divertido.

Continúa, asegurando que paso el día rodeado de viejos inútiles que ya no pueden enseñarle nada a nadie. Afirma que un día retornaremos y me van a preguntar ¿qué conoció?, y que no puedo responder “Nada”, porque me van a pagar por “gil de cuna”.

Para él, los viejos inútiles son los dirigentes con que comparto oficina en la Casa de la Solidaridad. Sospecho que tiene razón. Saca un fajo de billetes y me los agita en la cara.

Intrigado, le pregunto de donde lo saca.

-Germinal siempre trabajó, papo. Hasta en la clandestinidad hice zapatos. Y no cualquier zapato. Zapatos finos. Mi tía me los vendía. Y me vine con mis ahorritos...en “guata de rana”. Aquí, los cambié. Si alguna vez necesita, hable con su amigo. Germinal nunca falla.

Habla de sí mismo en tercera persona, como acostumbran los futbolistas o algunos políticos. Acentúa las palabras que le parecen importantes, ahorritos, tienda, capital, viejo, zapato, y las eses las pronuncia como zetas arrastradas. Llama “guata de rana” a los dólares.

Salimos a la hora que empieza a recogerse el sol. La salida no pasa inadvertida para los amigos de Germinal, que se ríen porque me convenció de salir de mi encierro.

Me lleva hacia Parque Central, a una avenida de grandes árboles, vetusta y descuidada que recuerda el pasado colonial en las estatuas, en las descascaradas escalas barrocas, en las baldosas gastadas.

Enfilamos por callejuelas estrechas de adoquines, de casas pequeñas pintadas de colores intensos y caprichosos, sin un árbol.

Un mundo de piedra desnuda y pisada de hace siglos, en que la calle es el universo, siempre húmeda de lavazas, de musgos creciendo en los rincones, de ropas colgando, de intimidades abiertas, de música de radios a todo volumen, de mecedoras con viejos colgados de tabacos eternamente encendidos; de mesas donde juegan ajedrez o damas, con espectadores que no respetan el secreto de las jugadas, de chismorreos, de improvisados bailarines, de gritos, de olores, un mundo que transpira, tiene olor, en que el cuerpo se exhibe miserable o hermoso, sin pudores, agitado, colorido, voluminoso o exiguo, donde todo se ve, se toca y nada es ajeno.

Entramos a una casa blanca. Un zócalo pequeño antecede a una puerta abierta. Nos esperan. Hay un movimiento de mujeres dando los últimos toques a la cena. Las paredes son bajas. La sala pequeña, se llena de sillones, sillas, recuerdos y adornos que abusan del espacio, matriushkas rusas, un perro de yeso pintado y descascarado por los años, muñecas vestidas de organdí, ángeles rubios y regordetes de mejillas rosadas, una virgen negra, ataviada con un vestido cubierto de encajes.

Hay cuadros típicos de otros países, aquellos que venden a los turistas, una acuarela del puerto de Marsella, un paisaje de manzanos en flor en Japón, una tarjeta postal de Valparaíso. Pregunto por el origen y en la respuesta advino cariño y abandono. Son los recuerdos de la segunda pareja de la madre, un marinero, el padre de Meryleisi, la más joven.

Cuando lo menciona Amarílis, la madre, Meryleisi va a su cuarto y trae una foto del padre en la Plaza Roja de Moscú. Es invierno y casi no se distingue la cara, por un gorro de piel que le cubre hasta los ojos. Sólo veo el bigote grueso y los ojos oscuros.

-Él viaja mucho, explica Meryleisi, con orgullo.

Y la madre agrega, con un suspiro histriónico y resignado.

-Y viajando se perdió. A veces aparece. Llega con regalos y promesas, pero ya no hago caso. Como dice el refrán, "agua que no has de beber, déjala correr".

Entre las fotos me llama la atención la imagen de un marino gringo, que abraza a Amarílis, con una sonrisa llena de dientes, encuadrada en un mentón algo brutal. Ella entregada, toda labios, ojos y esperanza, de negritud brillante en un traje almidonado blanco que marca la abundancia de caderas y dos senos puntiagudos y acartonados por el artificio de los sostenes de la época. Están en el malecón y el fondo es el Caribe, pero sobra la luz y la imagen de los dos parece el negativo de la foto.

Un radio ocupa un lugar privilegiado y desde que llegamos suena. Es el último recuerdo del paso del padre esquivo de Meryleisi.

Germinal es recibido como un hijo pródigo recién llegado, abraza, besa, ríe, estrena los dichos aprendidos, despertando nuevas risas y respuestas. Viven con el abuelo, un mulato de pelo blanco apretado, de aspecto cansado, sentado en su mecedora, chupando incansablemente un tabaco. Amarílis es el sostén económico de la familia. Trabaja en el Ministerio del Turismo y es miliciana. Tuvieron práctica en el día y se disculpa, porque no alcanzó a cambiarse el uniforme.

Germinal me presenta a Usnavi, la hija mayor. También aporta a la economía familiar, trabaja de enfermera. Es más clara que Meryleisi, con el pelo más liso. Ambas se parecen a la madre. La menor, más espigada, estudia

Arquitectura y se advierte que es la esperanza de la madre, porque cuando vuelve de cambiarse el uniforme menciona la capacidad de la niña para el estudio.

Para la cena hay “congrí” con puerco, un plato típico cubano, con arroz y frijoles negros. Lo acompañamos con cerveza y luego de comer, con ron. Arturo, el abuelo se anima y cuenta historias de cuando trabajaba como lector en la Tabacalera. Me explica ese oficio, son trabajadores contratados para leer historias a los obreros que elaboran los cigarros. En reconocimiento, aún le regalan habanos, los mejores, los de exportación.

Cuenta que se los hacían a Churchill y los consume Fidel. Al Che Guevara se los enviaban donde estuviera; era el único privilegio que aceptaba de buena gana.

Me ofrece uno. Es superior. Es equilibrado y potente. Su aroma invade la casa. Me siento a gusto en este ambiente cálido. Cuando llegamos, me sentí un intruso, torpe, no sabía cómo compartir.

Me preguntan sobre Chile. Me cuesta responder porque mis últimas imágenes son amargas y trágicas y no quiero interrumpir la alegría de la velada. Luego, estimulado por el ron, el tabaco y la calidez de mis anfitriones, me transporto a recuerdos anteriores, al país que llevo en mí. Me dejo ir, como en una barca que surca un río de memoria y de mi relato surgen mares, desiertos, macizos inmensos de roca, llanuras, selvas frías, fiordos, helechos gigantes, maderas preciosas de vida casi eterna, potros cimarrones, burros salvajes, pumas, zorros, gallinas ventrilocuas, lobos de mar y pájaros de etiqueta, pirquineros, huasos, pescadores y marinos, poetas, cantoras y artesanos de la piedra y la madera.

De repente, siento que me dejé ir en la emoción y me desperdude las miradas atentas y el silencio de mi auditorio. Germinal tiene los ojos húmedos y se los limpia, incómodo. Me disculpo, porque hablé mucho. Amarílis se queda pensativa. Me mira y pregunta.

-¿Eso es lo que perdieron?

-Sí, eso. Digo.

Germinal se para y propone abandonar la mesa. El abuelo y Amarílis se despiden, cariñosos, porque es tarde para ellos, pero nos invitan a pasar cuando queramos. Hago un gesto de despedida, pero Usnavi me detiene y nos invita a escuchar algo de música.

En la radio tocan un son cubano y Germinal invita a bailar a Meryleisi. Me vuelve la sensación de torpeza y por hablar algo le pregunto a Usnavi por su extraño nombre. Sonriente, me dice que es en recuerdo de su padre, el marino gringo. Sigo sin entender. Y entonces pronuncia cuidadosamente, en inglés, “US Navy”. En español, “Usnavi”

Cuenta que hay muchas que llevan ese nombre. También el nombre Usarmi, por US Army. Aprendo que en Cuba inventan nombres. Como Meryleisi, una mixtura entre Marilyn y Daisy, caprichosamente ensamblada.

No puedo dejar de reír, pese a su recato. Ella también ríe. Usnavi llena otra copa de ron, la apuramos y me invita a bailar. Explico que no sé bailar ritmos cubanos. Coqueta dice que será mi primera profesora.

Marca con paciencia los pasos explicando que hay que dejar que el cuerpo se abandone al ritmo. No sé cómo ocurrió todo. La sigo y me abandono, aún torpe. No sé si es la música la que me altera los sentidos o el modo como Usnavi baila y el roce tímido de los cuerpos.

Poco a poco siento que mis brazos y manos pueden seguir la flauta y mis pies hacen percusión, la cadera se suelta y se envuelve con la otra cadera que roza y sale, roza y vuelve, se escapa e insiste. El ritmo manda y cada espacio del cuerpo es un corazón latiendo pulsos de música. Logro dirigirla. La manera de hacerlo es con los cuerpos muy juntos.

Hace tiempo que no tengo mujer y la idea me embriaga más que el ron. Cada vez estamos más juntos. Aunque no acercamos las caras los sexos se encuentran y estamos pegados. El ritmo es una cópula. Pareciera que es lo que estamos haciendo. Luego las mejillas también se frotan, ardientes y húmedas, el abrazo ya es total y todo es refriego y búsqueda.

Usnavi me invita para afuera porque en la sala hay demasiado calor. En el zócalo nos abrazamos. Se encuentran las bocas y su lengua es caliente y suave, insistente y movediza.

La mía está loca. Primero recorre su boca entera y luego empapa el cuello y baja hacia los senos. El vestido es una barrera que impide deshacer el bretel del sostén hasta que lo logro y bajo como puedo los tirantes, los saco con apuro y descubro unos senos gordos, duros, de pezones grandes. No sé cual besar primero porque compiten. Lo quiero tener todo mientras ella me abre el pantalón me saca el sexo erecto hasta la desesperación y lo amasa en su mano que hierve y lo aprieta.

Levanto la falda, no hay tiempo para bajar el calzón y abro un borde y siento su sexo mojado cuando meto un dedo primero porque quiero sentirlo entero y calcularlo abriendo espacio entre los pelos del pubis gordo y empapado instalados como última frontera hasta que entro en ella como puedo. Ella grita y dice que le hago daño. Me asusto y quiero sacarlo pero me lo impide con un movimiento duro de caderas y estoy entero adentro y me pide más y yo quiero más y nos besamos largamente. Todo es un desorden y los gritos invaden la callejuela, Usnavi se queja y grita que más y que más y yo quiero traspasarla hasta alcanzar las nalgas que aprieto desesperado y sorprendido

porque no conocía culos así de parados y de duros hasta que reventamos agotados de nosotros y pegados como perros, como si no hubiera otro sentido en el mundo que vivir apareados con Usnavi.

Estamos apretados sin querer separarnos deslizándonos palabras en las orejas mientras nos seguimos besando hasta que nos interrumpe la voz de Meryleisi que la llama con voz preocupada y urgente. Ella no me quiere dejar pero igual entra porque ahora es la madre que le habla y que la reconviene preguntándole que escándalo es ése, expresando airada que esto se encendió.

-Él, que parecía tan caballero... y amenaza a Meryleisi que no fuera a hacer lo mismo con Germinal porque es muy niña y se le pueden desgriar los estudios... entren a acostarse porque se acabó la fiesta.

Me quedo ahí paralizado y mojado, sumido en la ambivalencia de la culpa y la necesidad de ella. Sé que lo jodí todo pero ya pienso en el próximo encuentro. Sale rápido a despedirse y me besa largo y sé que tengo que irme pero quisiera tanto quedarme. Germinal sale y aconseja que nos vayamos. Meryleisi nos separa con un -por favor, caballero, qué coño les bajó a ustedes. Está bueno, ya.

Emprendemos la vuelta. Caminamos en silencio, ambos sorprendidos por el desenlace abrupto, inesperado y brutal de la visita. Rezagados habitantes de la noche cruzan despedidas. Todo es calmo en esos rincones de la Habana Vieja y la calle se despuebla. La paz nocturna me devuelve a la razón y la repetición de las imágenes recientes me confunden, abrumado por la aparición sorprendente de un conocido del pasado, un extraño que guardo agazapado y oculto y aparece sin dar alerta cuando nadie lo llama.

Recuerdo la hospitalidad de Amarilis, de Arturo y me invade la vergüenza. No me importa Meryleisi porque sospecho que la relación con Germinal no es inocente. Pienso, también preocupado, que no alcancé a preguntar a Usnavi como encontrarnos otra vez.

Cuando empiezo a asombrarme de la discreción de Germinal que camina a mi lado sin hacer un comentario, lo escucho que empieza a tararear bajito unas estrofas de un bolero que escuchamos durante la cena, -...y aunque esto es escandaloso, es más vergonzoso no saber amar...

Lo repite y lo repite hasta que revienta en una carcajada estruendosa que parece despertar la cuadra y en su dialecto recién adquirido, dispara.

-Coño, compadre, si eso parecía acabo de mundo. Por poco no echa abajo la casita.

Le exijo su palabra que el asunto queda entre los dos.

-No se preocupe, asere... dice, ahogado de risa..., de Latinoamérica no sale.

## 5

Hay un estúpido sueño que se repite y reconozco, incluso dormido. Sé que no es otra cosa que una alucinación onírica y procuro despertar, pero vuelve, obsesivo y agobiante. Despierto y lo escribo, porque dicen que al expresarlo desaparece.

Avanzamos en columna y entramos a los jardines de un cuartel policial con guardias amenazantes que por un extraño milagro no logran vernos o atraparnos cuando recorremos el interior del edificio. Salgo de ahí solo, para integrarme a otra columna que ora tiene uniforme militar, ora no, y atravesamos una zona militar que ellos controlan a pesar que no los vemos, pero sentimos el peligro; a veces combatimos, a veces no.

Cada vez quedan menos conmigo. Siempre me salvo. De modo milagroso entro a un camino rural y encuentro dos caballos. Monto en uno y huyo. El caballo es y no es mío, me es fiel y no lo es, me pertenece y no me pertenece y vuelvo por el mismo camino pero llego a otros paisajes, siempre iguales, nocturnos, con caminos polvorientos y pedregosos, circundados por pircas de adobe y piedras, pero ya no sé si son nocturnos, porque su luz es plana y pasa de la noche al amanecer y estoy en el cruce de un ancho camino igual, polvoriento, que corre entre pircas que dan a campos amplios hacia el horizonte y a mis espaldas hay un bosque-parque que a veces es cementerio y cuya luz es uniforme y gris, como el comienzo del amanecer de un día nublado y siempre se repiten los mismos lugares que recorro incansablemente durante una noche que antecede a la mañana de color invierno, pero sin frío, sin hambre, sólo peregrinaje y lo único que cambia es que a veces penetro en un torreón-cárcel-cuartel, con una escala que circunvala entre altas paredes de piedra y llega a una puerta que se abre a un espacio, prisión donde están los míos que pasean y no se hablan y estoy allí entre ellos y desde los torreones contemplo las calles que rodean el lugar y desde ellas me llaman personajes incógnitos que reconozco, pero son anónimos, para salvarme, pero sólo a mí y me quedo, contemplando a los otros en un silencio plagado de diálogos interiores, donde las palabras suenan sin pronunciarse, todas urgentes, pero expresadas por personas con figura de sombras, casi inmóviles, que se pasean en esta semi-penumbra que se parece a la antesala de amaneceres de invierno o al resplandor de luces en el horizonte de una ciudad y los lugares vuelven a ser los mismos y pasan por laberintos, calles interiores, edificios que se intercomunican por pasillos que no llevan a ninguna parte, abriéndose a nuevos caminos, interminablemente.

La insistencia mórbida del sueño, que siempre se repite, termina por desvelarme.

Y en el medio del insomnio, aparece una idea que sé que debo guardar para cuando salga el sol y recupere el sentido de realidad.

Sé que esta es buena, que no es engaño de la mente y que del hervidero de representaciones y de imágenes obsesivas del insomne, también surge lucidez.

Desde los primeros días después del derrumbe del gobierno, me sorprendió la velocidad con que nos quebraron, en una cacería humana calculada, donde cada paso estaba premeditado.

La idea que me desveló es descubrir que la información del plan para destruirnos, está en nosotros. Está, pero fragmentada en cada uno. Aquellos que se ocultaban en nuestras filas, disfrazados, encubriendo sus propósitos de exterminarnos, fingiendo sentimientos de identidad fraterna para conocer nuestras redes sociales, nuestros barrios, nuestros hogares, nuestras familias, nuestros amores, nuestros sentimientos íntimos, nuestros modos individuales de desplegar humanidad, tienen que haber incrementado su actividad y realizado movimientos inhabituales, por la urgencia del desenlace de los acontecimientos.

Fuimos testigos de ello, sin sospecharlo siquiera. La información está ahí, compartida. Hay que extraerla. La forma es juntar lo que está disperso.

El hallazgo me repica en la mañana. Una alarma repentina que abre un agujero de claridad, los infiltrados tienen que haber dejado huellas. Si las detectamos, podremos establecer rutinas, formas de trabajo, identidades, lugares donde centraron sus actividades, quiénes fueron sus aliados internos. Sólo así podremos construir el futuro.

Al desayuno, se la comento a Roberto, quién me había expresado su inquietud por la información tan completa que manejaban los militares, prueba de que la recogieron durante años. Le comento que identificar la penetración, es la única manera de reconstruir una organización segura y sana, capaz de mantener la resistencia.

Roberto coincide conmigo, pero no ve cómo hacerlo en las condiciones de exilio y con el grupo que dirige. No cree en la capacidad de Benavides para comprender la tarea ni en la discreción de Freund. También integra la dirección Alberto Gomas, un ex diplomático, que oficia de nexo con el aparato oficial cubano. Tampoco parece indicado para una tarea de esa envergadura.

Opino que la esperanza es Carter, dotado de la capacidad, la autoridad y los medios para organizar esa actividad.